

DC201

+4

V-18

HISTORIA

DEL CONSULADO Y DEL IMPERIO

INDICACION

LA HISTORIA DE LA REVOLUCION FRANCESA

DE LA REVOLUCION FRANCESA

DE LA REVOLUCION FRANCESA

DE LA REVOLUCION FRANCESA

TOMO XLIII



AGRAVO GENERAL

111388

LIBRO CINCUENTA Y CUATRO.

Restauracion de los Borbones.

Ultimas operaciones de los franceses aun situados en las diferentes partes de Europa.—Campana del general Maison en Flandes, y defensa de Amberes por el general Carnot.—Rendicion de Amberes y sus condiciones.—Se introduce la desercion entre las tropas francesas.—Vigor del general Maison ante un mal que amenaza dejar sin ejército á Francia.—Larga y memorable resistencia del mariscal Davout en Hamburgo.—Condiciones bajo las cuales se rinde tras de salvar un numeroso ejército y un rico material.—Noble conducta del principe Eugenio en Italia.—De alli es traído el ejército francés por el general Grenier.—Acontecimientos en los Pirineos.—Habiendo llegado las noticias de Paris demasiado tarde para atajar las hostilidades, por vez postrera vienen á las manos los ingleses y los franceses.—Sangrienta batalla de Tolosa.—Armisticio en todas las fronteras.—Situacion del conde de Artois despues de su entrada en Paris.—Cuestion relativa á determinar con que titulo administrará provisionalmente el reino.—Sin que preceda nn compromiso formal respecto de la constitucion no le quiere el Senado reconocer su calidad de lugarteniente general.—Irritacion del conde de Artois y de sus amigos.—Se adopta un medio de transaccion ideado por el duque de Otranto.—Va el Senado á las Tullerías y confiere la investidura de la logarte-

nencia general del reino al conde de Artois, prévia una declaración solemne, en que, obrando este príncipe muy á favor de Luis XVIII, promete la adopción de las principales bases de la constitucion senatorial.—Primeros actos de la administracion del conde de Artois.—Se trasforma el gobierno provisional en consejo del príncipe.—Formacion del ministerio.—Envío de comisarios extraordinarios á los diversos puntos de Francia.—Padecimientos de las provincias ocupadas, y esfuerzos para proporcionarlás alivio.—Nuevos acantonamientos de los ejércitos franceses.—Licenciamiento de la conscripcion de 1815.—Medidas rentísticas de Mr. Louis.—Su resolucion firme de pagar todas las deudas del Estado, de mantener los impuestos y especialmente los derechos reunidos.—Rapidez con que se empieza á establecer el crédito bajo la doble influencia de este ministro y de la paz.—Cambios transitorios introducidos en nuestras tarifas comerciales.—Cada vez se aumentan mas los padecimientos de las provincias ocupadas.—Se entabla precipitadamente una negociacion á fin de obtener que los ejércitos aliados evacuen el territorio.—No se puede hablar de la evacuacion de las provincias francesas sin provocar igual instancia relativamente á las provincias extranjeras ocupadas por nuestras tropas.—En la imposibilidad de negar la reciprocidad, por la convencion de 23 de abril se consiente en la evacuacion de Amberes, Hamburgo, Flessinga, Berg-op-Zoom, Mons, Luxemburgo, Maguncia, y en general de las plazas mas importantes de Europa.—Al pronto no se echa de ver la imprudencia de esta convencion, que muy luego da origen á amargos cargos.—Movimiento rápido que se opera en los ánimos despues de la entrada del conde de Artois.—Familiarizada la masa de la poblacion con la idea de la vuelta de los Borbones, do seguida se entrega á ellos sin reserva, si bien los arrebatos del partido realista irritan á los revolucionarios y á los bonapartistas, quienes rompen á la par en muy vivas recriminaciones.—El conde de Artois comete ciertas imprudencias, que hacen desear á sus amigos ilustrados la pronta llegada del rey.—Diversos mensajes dirigidos á Luis XVIII, y pintura que se le hace del estado de Francia.—Asegurándosele no ser indispensable su adhesion á la constitucion del Senado, se resuelve á diferir su declaracion sobre este punto, y se encamina lentamente á Francia.—Su permanencia en Londres.—Entusiasmo que excita su presencia entre los ingleses.—Imprudente alocucion por la cual declara que despues de Dios, á nadie tiene mayores obligaciones que á Inglaterra.—Desembarco de Luis XVIII en Calais.—Su viaje por los departamentos del Norte y su llegada á Compiègne.—Agasajos de que es objeto, con especialidad por parte de los mariscales, á quienes hace la mas lisonjera acogida.—Impaciencia que hay de conocerle á fondo.—Carácter de Luis XVIII y del conde de Artois, y notables diferencias entre los dos hermanos.—Entrevista de Mr. de Talleyrand con el rey.—Cuidado de éste en eludir toda clase de compromisos.—Visita del emperador Alejandro á

Compiègne, é inutilidad de sus esfuerzos para lograr que prevaleciesen allí algunos consejos.—Luis XVIII no es contrario á la idea de una constitucion por liberal que sea, mas quiere darla por sí mismo, á fin de mantener íntegro el principio de su autoridad.—Se conviene en que antes de entrar en Paris se detendrá en Saint-Ouen, y hará una declaracion general confirmativa de la del conde de Artois y destinada á sancionar las bases de la constitucion senatorial.—Permanencia en Saint-Ouen y declaracion hecha allí el 2 de mayo de 1814.—Entrada de Luis XVIII en Paris el 3 de mayo.—Le recibe del modo mas cordial la poblacion parisiense.—Luis XVIII se posesiona del poder y constituye el Consejo real.—Primera sesion de este consejo, en la cual se tocan sumariamente las cuestiones todas.—Miras generales sobre el ejército, la marina, la hacienda.—Mr. Louis persiste en sus dos principios; respecto á las deudas contraidas y sostenimiento de los impuestos necesarios.—Real manifiesto sobre los derechos reunidos.—Aplazamiento de la cuestion de la conscripcion ó quinta.—Luis XVIII se muestra propenso á restablecer la antigua casa militar del rey y hasta á aumentarla considerablemente.—Ningun miembro del consejo se atreve á contradecir esta resolucion imprudente.—Nuevos esfuerzos para poner coto á los padecimientos de las provincias ocupadas.—Al cabo se comprende que, privándonos la convencion de 23 de abril de fianzas preciosas, no ha anticipado la partida de los ejércitos aliados ni un solo dia.—Los monarcas aliados prometen despachar nuevas órdenes á sus tropas, y Luis XVIII da un manifiesto para ordenar á las autoridades locales que desobedezcan los mandatos de los generales extranjeros.—Impaciencia de celebrar la paz.—Mr. de Talleyrand recibe el encargo de negociar la.—Nueva falta de precipitacion analoga á la cometida al firmar la convencion de 23 de abril.—Lo mejor fuera que solo en Viena se fijase la suerte de Francia, á la par que la de todas las potencias, á causa de que se las hallaria divididas, y cabria esperar apoyo.—Por el contrario á Mr. de Metternich se le alcanza el interés que las potencias aliadas tienen en tratar de seguida con Francia, y en remitir la solucion de las cuestiones europeas al congreso que se debe reunir en Viena.—No adivina el gobierno real este cálculo profundo, y por impaciencia de atribuirse el mérito de la paz, se aplica á celebrarla sin demora.—Se establece como principio irrevocable la fijacion de las fronteras de 1790.—Queda adoptado con algunas adiciones.—Se exceptua la isla de Francia de la restitucion de nuestras colonias.—Noble resistencia del rey á toda contribucion de guerra.—Gracias á su energia y á la del gobierno, su dictamen prevalece del todo en esta coyuntura.—Conservacion de los museos.—Tratado de Paris de 30 de mayo de 1814.—Interin se negocia la paz, se trata asimismo de la constitucion.—No quiere el rey har al Consejo real este trabajo, y lo prepara con Mres. de Montesquiou, Dambray, Ferrand, Beugnot.—Sus miras liberales, debidas á su permanencia en Inglaterra, bien que subordinadas todas á una con-

dicion, á saber, que la nueva constitucion emane exclusivamente de la autoridad real.—Diversas cuestiones suscitadas.—Buena disposicion del rey para todo, con tal de que prevalezca el principio en que tiene empeño.—Título de CARTA CONSTITUCIONAL dado á la nueva constitucion.—No queriendo los soberanos extranjeros dejar á Paris, sin que las promesas hechas desde Saint-Ouen se lleven á cabal cumplimiento, se fija para el 4 de junio la sesion régia en que se ha de proclamar la Carta.—Sesion régia del 4 de junio y su excelente efecto.—Promulgacion de la Carta, partida de los soberanos extranjeros, constitucion definitiva del gobierno de los Borbones.

La salida de Napoleon para la isla de Elba habia desembarazado á los Borbones de un enemigo formidable, que, abatido y todo, aun espantaba á las potencias victoriosas. Pero si se habia quitado la cabeza al monstruo segun se llamaba al gobierno imperial por entonces, todavía quedaba el cuerpo, y sus miembros desparramados agitaban á Europa con sus movimientos convulsivos. Numerosos destacamentos de tropas, que aun no habian recibido las noticias de París ó se negaban á darlas asenso, se hallaban esparcidos en Flandes, en Holanda, en Westfalia, en Italia, en el Delfinado, en el Languedoc, en España. El primer cuidado del gobierno provisional fué despachar agentes para que les informasen de la entrada de los aliados en Paris, de la abdicacion de Napoleon y del restablecimiento de los Borbones sobre el trono de Francia. Con cierta ansiedad se aguardaban sus respuestas, porque ni el gobierno provisional quisiera ordenar de ningun modo, ni los aliados á la sazón quisieran verse obligados á ejecutar asedios tales como los de Estrasburgo, Maguncia, Lila, Amberes, Flessinga, el Texel, Hamburgo, Magdeburgo, Wurzburg, Palma-Nova,

Venecia, Mantua, Alejandría, Génova, Lérida, Tortosa etc... Con efecto no sin trabajo se hizo oír la voz de la razon á los veteranos, que guardaban aquellos puestos distantes, y á cuya cabeza habia puesto Napoleon á caudillos vigorosos, adictos á su causa y á la de Francia. Sus últimos actos en 1814 merecen la atencion de la historia, y perfectamente caracterizan la situacion que dejaba Napoleon, y que iban á recoger los Borbones. A bosquejarla vamos rápidamente.

El ilustre general Carnot defendia á Amberes, mientras con su actividad y su osadía llenaba el bizarro y hábil general Maison la extension de todo el pais comprendido entre Amberes, Lila y Valenciennes. Sin duda se hace memoria de que, permaneciendo extraño Carnot al imperio y al emperador de voluntad propia, así que vió invadidas nuestras fronteras, más aun con su corazon que con su entendimiento penetró el peligro que amenazaba á la revolucion y á la Francia, y escribió á Napoleon para ofrecerle su *brazo sexagenario*, y segun su dicho, no como apoyo, sino como ejemplo. Napoleon acogió dignamente esta oferta patriótica, y puso á cargo de Carnot la tarea de que era mas capaz á todas luces, la de defender á Amberes; á Amberes, la mas magnífica creacion del imperio, el depósito de nuestras riquezas marítimas, el baluarte de nuestra frontera sobre el Escalda. Carnot habia establecido el órden mayor dentro de la plaza, inspirado á la guarnicion un sentimiento de adhesion absoluta, y quitado al enemigo toda esperanza de tomar de otra suerte que por un sitio regular y muy largo aquel objeto de todos los odios de Inglaterra. A los sitiadores

quedaba el medio bárbaro del bombardeo. De acuerdo con el almirante Missiessy se había prevenido Carnot para este trance. Así cubrióse con tierra y estiércol la escuadra, se blindaron las obras más amenazadas y los almacenes; y después con heroica impasibilidad se aguantó por espacio de muchos días una continua lluvia de bombas y granadas, no sin apagar cuidadosamente las llamas, que se levantaban aquí y allá muy de seguida. Tras de agotar sus municiones, se vieron los acometedores reducidos á un simple bloqueo, y provisto Carnot de víveres bastantes, les mostró á las claras que no alcanzarían á fatigar ni su paciencia, ni su bravura.

Falta hacían las tropas activas encerradas en Amberes, por consecuencia del movimiento de los ejércitos invasores, al general Maison, que no disponía más que de seis mil hombres para ocupar á Flandes. Entre el número de las tropas encerradas en Amberes se contaba una excelente division de la Joven guardia, fuerte de cuatro mil hombres, y de algunos centenares de caballos, la cual hubiera sido de grande ayuda para defender la frontera. Así Carnot y Maison estudiaban á la par el uno cómo se privaría de ella, y el otro cómo se la incorporaría por entre una nube de enemigos.

Después de introducir el general Maison de prisa algunos batallones de depósito y algunos víveres en las plazas de Berg-op-Zoom, de Ostende, de Dunquerque, de Valenciennes, de Maubeuge, de Condé, de Lila, con cinco ó seis mil hombres corría de una á otra, ora libertando á esta, ora á aquella, destruyendo de vez en cuando á

gruesos destacamentos enemigos, y ocupando con una guerra de emboscadas al príncipe de Sajonia-Weimar, que al frente de cuarenta ó cincuenta mil hombres no había conseguido desalojarnos del laberinto de nuestras fortalezas (4). Mientras el general Maison ejecutaba prodigios de actividad y de audacia de esta suerte, muchos de nuestros capitanes se cubrían de gloria, resistiendo ataques formidables con un puñado de hombres. Reducido el general Bizanet á defender con dos mil setecientos soldados la plaza de Berg-op-Zoom, que exigiera una guarnición de doce mil de seguro, no pudo impedir que, favorecidos por una insurreccion popular, se lanzaran los soldados de Graham al asalto y se metieran victoriosos dentro de sus murallas. Pero sin perder su ánimo sereno cayó sobre las columnas inglesas, y arrojándolas una tras otra, les mató mil quinientos hombres ó hizo dos mil quinientos prisioneros. Aventurándose á igual tentativa el príncipe de Sajonia-Weimar sobre Maubeuge, defendida por el coronel de artillería Schouller á la cabeza de mil guardias nacionales y aduaneros, allí vió su artillería desmontada, sus soldados repelidos de las obras, y su empresa fracasada de la manera más humillante.

Anheloso de hallar el medio de atraerse la division de Roguet, se aprovechó el general Maison

(4) Napoleón, que no supo más que el principio de la campaña de Bélgica, y solo conoció la retirada de Bruselas á Lila, se quejó á menudo del general Maison en su correspondencia. De otro modo hablara si hubiera tiempo de avalorar la parte importante de esta campaña, que á la sazón admiró á todos los militares.

de la coyuntura que le ofrecia la tentativa malograda contra Maubeuge, para ir sobre Amberes por entre las masas enemigas. Juntando las dos divisiones de Barrois y de Solignac, fuertes de seis mil infantes, y la division de caballeria de Castex, compuesta de mil y cien ginetes, socolor de correr en auxilio de Maubeuge salió de Lila, derrotó los destacamentos que ocupaban á Courtray, fingió perseguirlos hácia Oudenarde y Bruselas, y luego se dirigió improvisamente á Gante, de cuya ciudad se hizo dueño, y allí se detuvo para aguardar al general Roguet, que por su aviso conocia esta operacion de antemano. Informado el general Carnot á tiempo dispuso la salida de la division de Roguet, la cual se incorporó al general Maison en Gante con cinco mil hombres de todas armas. Disponiendo entonces el general Maison de doce mil combatientes vió á las numerosas columnas enemigas abandonar el bloqueo de las plazas para marchar en su contra, y especialmente al príncipe de Sajonia-Weimar, que con una masa de treinta mil hombres se aprestaba á cerrarle por completo la retirada. Sin la menor demora tomó la vuelta de Courtray, atropelló al cuerpo de Thielmann, á quien mató ó cogió cerca de mil doscientos hombres, y despues de una expedicion de seis días tornó victorioso á Lila, como que se habia formado un pequeño ejército animado de su mismo espíritu, y pronto á comenzar de nuevo las correrías llevadas á cabo con tan buen efecto. En esta posicion recibió el general Maison las noticias de Paris, enviadas oficialmente por el gobierno provisional. Este caudillo, antiguo ayudante de campo de Bernadotte, veterano del ejército del Rhin,

no era muy adicto á Napoleon; pero exento de intrigas, aunque muy activo así de carácter como de entendimiento, no estaba cortado para prestarse á sordas maquinaciones. Así, á pesar de hallarse rodeado de agentes de Bernadotte, los apartó de sí con la amenaza de mandarlos fusilar si volvian á su presencia. Sin embargo, tras de fallar el destino se sometió á sus decretos; y comunicando á sus tropas los acontecimientos ya irresistibles, que se habian consumado en Francia, les propuso que se adhiriesen á ellos. De igual parecer fueron sus generales por unánime voto; pero instantáneamente levantóse en las filas inferiores del ejército un grito contra los que habian entregado la capital, á quienes apellidaban traidores. No se podian persuadir los soldados de que París hubiera sucumbido naturalmente, por el solo efecto de los sucesos de la guerra, y la noticia divulgada vagamente de una defeccion grande escitaba mas y mas su loca desconfianza. Creidos estaban que Francia y Napoleon habian sido víctimas de la traicion mas negra. Por cólera los veteranos, y los bisoños por indisciplina, se amotinaron todos, clamando que era menester abandonar las banderas manchadas por la traicion. Aquella frase imprudente de *Nada de conscripcion; nada de derechos reunidos*, pronunciada por el conde de Artois, habia penetrado hasta en el fondo de las provincias. «Vámonos, volvámonos á nuestros hogares,» era el lenguaje que se oia en boca de todos los soldados. Efectivamente vióse en algunas horas abandonar las banderas á centenares de hombres. De sobra comprendia el general Maison que un ejército siempre hacia falta, cualquiera que

fuese el gobierno; así reunió á sus soldados, que al pronto aparecieron sensibles á sus enérgicas manifestaciones, si bien de seguida volvieron á empezar á irse á bandadas. Entonces convocó á sus oficiales, para apelar á su patriotismo. Estos escucharon su voz, y dirigiéndose consecutivamente á sus sargentos y á los veteranos, por fin consiguieron ser oídos. Así formóse un núcleo de hombres fieles, y plantando con su ayuda la artillería en las principales puertas de Lila, anunció que dispararía á metralla contra el primer pelotón que se presentase para desertar de las filas. Demostración tan vigorosa impuso á los amotinados, que volvieron á entrar en el orden de resultas. De doce mil hombres habia perdido cerca de dos mil el ejército de Flandes, pero el resto se mantenía firme, y se podia contar con su apoyo.

Necesario era el ejemplo dado por el general Maison á todas luces, pues la desercion habia llegado á ser una especie de contagio. Aprovechándose de la irritacion de los veteranos contra los que denominaban traidores, y procurando aumentarla á fin de sacar el mejor provecho, los conscritos se iban en masa, diciendo que ya nada habia que hacer junto á la bandera, y acabando por arrastrar á sus viejos camaradas, que empezaban á sentirse tocados del deseo de tornar á ver sus hogares. En el grande ejército dejado por Napoleon en Fontainebleau se habia propagado este contagio de desercion de una manera desastrosa, y se corria el riesgo de hallarse sin otros soldados que los extranjeros, lo cual era una situacion deplorable para tratar de la paz. Muchas personas de las que habia en torno del conde de Artois mi-

raban la desercion de las tropas imperiales como un suceso venturoso, pero los mariscales hicieronle conocer el peligro de quedar sin fuerza pública muy en breve. Marmont, principal autor de desbandamiento semejante, deseoso de excusar su conducta con su celo por los intereses del ejército, mostrose de los mas ardientes en dirigir al gobierno útiles representaciones, y se decidió al conde de Artois á una manifestacion significativa. Con efecto, escribió al general Maison una carta, que se publicó en el mismo instante, y en la cual le daba las gracias por su noble conducta, anunciándole que se la iba á señalar á Luis XVIII como un título á la estimacion y á la confianza del soberano.

Mientras el ejército de Flandes se adheria así al nuevo gobierno, por mucha repugnancia que experimentase Carnot hácia los Borbones, no podia ménos de observar la conducta de un buen ciudadano. Se le alcanzaba que habia que someterse á la ley de los sucesos y que aceptar á los Borbones, puesto que su gobierno era el unico posible. Mas, aceptados y reconocidos los Borbones, aún quedaban deberes para con Francia, y el que se abriesen las puertas de Amberes á los enviados de la antigua dinastia, no era una razon para entregarlas al enemigo. Habiéndose dirigido Bernadotte á Carnot con el fin de darle parte de los acontecimientos de París y de escitarle á rendir la plaza de Amberes á los aliados, le respondió que todavía no se presentaban los hechos con evidencia bastante para que el fiel gobernador de una ciudad sitiada los hubiese de considerar como positivos, y que además, aun teniéndolos por verdaderos, no entregeria las llaves de la plaza,

de que era depositario, más que á los enviados del rey de Francia. Transcurridos algunos días, y no ofreciendo ya los sucesos ninguna duda, Carnot lo puso en noticia de sus soldados, les hizo poner la escarapela blanca, y prosiguió en mantener cerradas aquellas puertas hasta recibir órdenes de Luis XVIII.

A la par que los generales franceses situados junto al Escalda y junto al Rhin se distinguían por una conducta no ménos sensata que patriótica, un ilustre guerrero se honraba en Westfalia con prodigios de constancia y de fortaleza, á fin de conservar intacto el depósito que se le habia confiado. Se debe recordar cómo el mariscal Davout se habia quedado dentro de Hamburgo á la cabeza del cuerpo de que era caudillo. Encargado de reducir á la sumision á las provincias insurgentes del norte de Alemania, y de asegurar la defensa del Elba, no habia ejercido ninguno de los rigores prescriptos por Napoleon contra las personas, limitándose á convertir las penas de que se habian hecho merecedores en contribuciones de guerra, y enviando al grande ejército situado bajo Dresde los recursos así en víveres como en dinero con que se habia sustentado. Al ver que, despues de la desastrosa batalla de Leipsick, no se le incorporaba la guarnicion de Dresde, ni otra alguna, se habia establecido sólidamente en Hamburgo, resuelto á defenderse allí contra los soldados de toda Europa, y á custodiar este puesto importante, como precioso objeto de compensacion en las negociaciones de la paz futura, vínculo con la Dinamarca, y depósito de un inmenso material creado por Francia.

Encerrado el mariscal Davout por setiembre de 1813 en Hamburgo, y privado de toda comunicacion con Francia desde noviembre, allí se mantuvo inquebrantable, y determinadísimo á perseverar ínterin tuviera soldados y víveres y municiones. A fines de noviembre, una comunicacion escrita la mitad en caracteres comunes y la otra mitad en cifra, le previno que fuera en socorro de Holanda, si le era posible, y de lo contrario que se mantuviera en Hamburgo, y guardara esta plaza, y ocupara á los enemigos cuanto estuviera á su alcance. Hallándose interceptados todos los caminos de Holanda y de Francia, por fuerza hubo de abrazar este último partido.

Cerca de cuarenta mil hombres tenia el mariscal de todas armas, que bajo su direccion se habian hecho soldados excelentes, si bien era preciso descontar de siete á ocho mil enfermos. Se proporcionó municiones de boca y de guerra, y á tenor de las órdenes de Napoleon y por medio de obras de tierra, de empalizadas y de baluartes rápidamente restaurados abarcó á Hamburgo, Harburgo y las islas del Elba en un vasto sistema de defensa, de modo que para forzarlo se necesitaban hábiles ingenieros y cien mil hombres. No retrocediendo ante el mal indispensable, si bien no yendo nunca más lejos, hasta que fuese acometida la plaza, dilató la demolicion de los edificios perjudiciales á la defensa; avisó á los habitantes acerca de la terrible lucha que se aprestaba á sostener denodado y les invitó á que se proveyeran de comestibles, no sin anunciarles que toda familia falta de medios de subsistencia seria inexorablemente expulsada de Hamburgo. Presentándose al

fin el enemigo dispuso la tasacion de las casas que debian ser demolidas, inmediatamente sacrificó á la seguridad de la plaza, y además expulso á veinte mil habitantes, de los ochenta mil que eran entre todos, por no haberse provisto de comestibles. A la verdad estos infelices no tenian mas que trasponer una puerta para hallarse dentro de Altona, ciudad de Dinamarca y neutral, medio hamburguesa, donde les estaban asegurados numerosos socorros. De seguida se puso el mariscal en defensa, y en diversos combates mató al general Benningsen de siete á ocho mil hombres, y así acabó por dejarle en reposo. De esta suerte pasó todo el invierno de 1813 á 1814, sin recibir del gobierno francés la más leve noticia, bien que llegándole muchas por conducto de los enemigos, unas falsas, otras verdaderas y desastrosas, y no haciendo caso de ellas, se mantenía en la resolución de defenderse hasta que para abrumarle se lanzara en contra suya toda la Europa.

Siempre riguroso, á la par que integro y recto, se propuso pagar los víveres de que echaba mano, los trabajos que le parecian indispensables, las demoliciones que se ejecutaban por su mandato, y todo de la contribucion de guerra á que por su rebelion de 1813 habia condenado á la ciudad de Hamburgo. Teniendo la fuerza en sus manos, á imitacion de tantos otros gobernadores de plazas sitiadas, pudiera sin duda dispensarse de pagar los daños que originaba al tomar víveres, derribar casas y requerir brazos. De tal manera, algunos individuos pagaran por todos los desastres de la guerra. Mas repugnaba á su probidad hacer que recayeran sobre algunos las cargas que se debian

repartir entre todos, y habiéndose exigido el año antecedente una contribucion de guerra por los trámites regulares, le parecia mas justo destinarla á indemnizar á aquellos de quienes se tomaban los brazos ó las haciendas. Como se negasen los hamburgueses á satisfacer la contribucion de guerra así que los desastres del ejército francés llegaron á su noticia, el mariscal Davout juntó al comercio, le declaró que necesitaba de fondos para pagar los servicios que se exigian á los habitantes, y que si no aprontaban las cantidades de que eran deudores se apoderaria de los valores metálicos del banco, sobre el cual se habian emitido los títulos ó documentos representativos de la contribucion de guerra. No recibiendo contestacion alguna esta declaracion solemne, sin demora cumplió su palabra, tomó la reserva del banco, no sin levantar acta en regla, dedicó á todos los servicios públicos los 43.000,000 que habia en caja, sin distraer un solo céntimo á ninguna otra atencion oscura ó equivocada, y prosiguió con teson indomable manteniéndose en medio de las balas de los enemigos y de las calumnias de los vecinos de Hamburgo, indignados contra lo que denominaban crímenes de los franceses, olvidando lo que hacian en Portugal los ingleses, que arrasaban los campos y prendian fuego á los árboles y á las casas, y bajo pena de muerte forzaban á los portugueses á ejecutarlo por sí mismos.

En esta formidable actitud y asaltado por los ejércitos rusos y alemanes se mantuvo el mariscal Davout ocho meses cumplidos, sin recibir de su país ni una sola orden, ni una sola noticia. A principios de abril le hizo saber el general Benningsen

los sucesos de Paris por conducto de los daneses, y le intimó que abriera las puertas de la plaza. A esto respondió con el artículo del decreto concerniente á las plazas sitiadas, artículo que prohíbe dar crédito á rumores divulgados por el enemigo, y añadió que su soberano podría muy bien haber experimentado reveses, pero que los descalabros no relevaban á un hombre de honor de sus obligaciones. Entonces dispuso el general Benningsen un nuevo ataque, y fué ejecutado en nombre de los Borbones y con la bandera blanca. A la bandera blanca disparó el mariscal del propio modo que á la bandera rusa, y así repelió á los asaltadores despues de hacerles sufrir una pérdida considerable. Baticido el general Benningsen de nuevo recurrió á las negociaciones, y siempre por conducto de los daneses, nuestros antiguos aliados. No rehusó Davout prestarle oídos, y ofreció enviar al general Delcambre á Francia, para que fuese á requerir auténticas noticias, prometiendo tenerlas por verdaderas, y atenerse cuando viniesen de origen francés á lo que resultara de todas. A ello se avino el general Benningsen, si bien á condicion de que se le entregara una de las obras importantes de Hamburgo. De nuevo respondió el mariscal Davout con la negativa; pero llegando al fin un comisionado perteneciente á su familia, con comunicaciones oficiales del gobierno provisional, el día 28 de abril formó su ejército, que aun ascendía á treinta mil hombres útiles, bien armados, bien uniformados, bien dispuestos, le anunció la restauracion de los Borbones, le hizo adoptar la escarapela blanca y le declaró que no rendiria la plaza sin una orden de Luis XVIII, lo cual mereció aprobacion y aplau-

so. Con ésta memorable defensa habia conservado un precioso objeto de compensacion á nuestros negociadores, y salvado para Francia no menos de treinta mil hombres, un rico material y el honor de la bandera. No podian oscurecer estos relevantes servicios las calumnias que espíritus interesados iban á propalar en toda Europa, y especialmente en Francia. De todos modos cumple a la historia consignarlos en su imparcial justicia.

Respecto de Italia, alli habia hecho frente el príncipe Eugenio al mariscal Bellegarde con vigor sumo, y persistido en rechazar todas las proposiciones que las potencias aliadas le hacian llegar por conducto de su suegro el rey de Baviera. Segun se ha visto, despues de mandarle Napoleon que trajera el ejército á Francia, órden que ejecutada en tiempo oportuno, sin duda pudiera cambiar el destino de la guerra, le prescribió desgraciadamente, despues de los triunfos de Montmirail, de Champaubert y de Montereau, que permaneciera en Italia; y el príncipe se mantuvo alli con buen suceso hasta el instante en que Murat le vino á cojer por la espalda. A la sazón habia destacado á la division de Maucune para detener en el paso del Po á los napolitanos. Con efecto, el bizarro Maucune los habia repelido una vez y otra, ya se presentarán solos, ya en compañía de los austriacos, y se hallaba ocupado en contenerlos vigorosamente, cuando llegaron las noticias de Paris á Milan. Desde entonces consintió el príncipe Eugenio en parlamentar con el mariscal Bellegarde, y el 46 de abril firmó un armisticio bajo las bases siguientes. Con los honores de la guerra y llevándose todo el material debian tornar á Francia sus tropas dise-

minadas en los diversos puntos de Italia. Junto al Po quedaria el ejército de este país que servia á las órdenes del príncipe Eugenio, y continuaria en la custodia de las plazas fuertes, hasta que del destino de Italia decidiesen las potencias aliadas.

Después de firmado este armisticio, el noble príncipe transformado, á causa de los sucesos extraordinarios del siglo en príncipe extranjero, sin que dejara de ser soldado francés, dirigió tiernos adioses al ejército de que se iba á separar para siempre, y recibió los testimonios mas expresivos de adhesion y de pesadumbre. Al punto se encaminó el ejército francés á las órdenes del general Grenier hácia los Alpes, recogiendo al paso las guarniciones que evacuaban las plazas de Italia, y sintiendo una patriótica tristeza al abandonar esta comarca, donde habia vertido tanta sangre, conquistado tantos laureles, y fundado tan poca cosa.

Algunos miles de conseritos á las órdenes del general Frezia habian disputado la plaza de Génova á los ingleses, y á los genoveses mismos, neciamente ilusionados en recuperar su independencia levantándose contra nosotros. Obligados á ceder los franceses, por la falda de los Alpes marítimos abandonaban tambien la Italia.

A la parte del Delfinado, el mariscal Augereau, que no habia sabido defender ni el Franco-Condado ni la ciudad de Lion, ni su propio decoro, se replegó sobre el Isere, mientras que el general Marchand, después de defender mucho mejor á Ginebra y á Chambéry se retiraba hácia Grenoble. Conocida muy luego en esta parte de Francia la noticia de la capitulacion de Paris, un armisticio local puso

término en seguida á las hostilidades. De otro modo debia suceder á la falda de los Pirineos, á causa de la distancia y de las fuerzas allí comprometidas, y aun después de haber enmudecido el cañon en todas partes, una sangrienta batalla iba á señalar en esta region los últimos dias de la guerra.

Ya se dijo en lugar oportuno que el mariscal Suchet se habia privado de la mejor parte de su ejército en provecho de Augereau, que nada supo hacer de tan buen refuerzo. Sin conservar mas que algunos miles de hombres, se detuvo al principio delante de Figueras, tratando de recuperar sus guarniciones de Cataluña, mediante la entrega de Fernando VII que ofrecia en cambio. No habiendo podido lograr que los españoles diesen oidos á sus propuestas, acabó por dar libertad á Fernando VII de orden espresa de Napoleon, y vióse obligado á fiarse para la puntual ejecucion del tratado de Valanzey de la palabra mal segura del rey de España, y de la generosidad de los españoles, muy alterada por el odio que tenian á los franceses. De seguida el mariscal Suchet se metió en Francia con ánimo de incorporarse al mariscal Soult, si los sucesos le dejaban el tiempo y el modo de llevar á cabo su designio.

Después de la batalla de Orthez, donde no habia saltado mas que un poco de teson para terminar en victoria completa, se habia retirado el mariscal Soult á Tolosa, lisonjeándose de atraer á lord Wellington en su seguimiento, y de cubrir así á Burdeos con una simple maniobra. No se habia cuidado lord Wellington de seguir á un contrario á quien estaba seguro de encontrar en su dia, y tras de tomar á Burdeos y de abrir sus puertas á los

Borbones, se lanzó á la persecucion del mariscal Soult, remontando la orilla izquierda del Garona.

Bajo su mando tenia el general inglés hasta sesenta mil hombres, españoles y portugueses muchos de ellos y animados por la victoria, y aproximándose por la influencia del ejemplo y del triunfo en mérito á las tropas inglesas, aunque no igualandolas de ningun modo. Solamente contaba el mariscal Soult treinta y seis mil soldados, aunque de la primera calidad todos, y llenos de una verdadera furia patriótica en aquellos instantes. Por desgracia, afectado el mariscal á consecuencia de los sucesos, ya no tenia confianza ni en sí propio ni en la fortuna. Se habia replegado sobre Tolosa, y allí se fortificó sabiamente.

Esta ciudad importante, que parte con Burdeos y Marsella la influencia moral en el Mediodia de Francia, era de conservacion preciosa bajo todos los aspectos, así militares como políticos. Excepto el arrabal de San Cipriano, toda ella está situada á la orilla derecha del Garona, y para que fuese embestida, se necesitaba que, operando el general inglés al principio á la orilla izquierda, ejecutara delante de nosotros el paso de un rio caudaloso y de muy rápida corriente. Circunscripto en sus movimientos, con soldados poco andarines, y cargado con un inmenso convoy de víveres, no podia lord Wellington invalidar por medio de maniobras veloces la vigilancia de un adversario que le quisiera impedir el paso del Garona. Sin embargo, poniendo exclusivamente el mariscal Soult la confianza en la posicion que habia elegido alrededor de Tolosa, no pensó en disputarle el paso del rio que separaba á las dos huestes, y le dejó en libertad de recorrer

las márgenes por mas arriba y mas abajo de la ciudad con el objeto de echar un puente. Hasta mas arriba de la confluencia del Ariege y el Garona llevó lord Wellington sus exploraciones, y aun se metió en Cinte-Gabelle, ora porque esperase hallar á esta altura mas fácil paso, ora porque, amenazando las comunicaciones del mariscal Soult con el mariscal Suchet, se lisonjearse de inducir á los franceses á que abandonaran su posicion. Con todo, sintiéndose el caudillo inglés algo á la aventura á tal distancia, volvió á bajar el curso del Garona, y resolvió cruzarlo por mas abajo de Tolosa, esto es, por Grenade.

A pesar de la corriente, el 4 de abril, dia de la primera abdicacion de Napoleon, logró lord Wellington echar cerca de Grenade un puente de barcas y trasladó el cuerpo mandado por el mariscal Beresford á la orilla derecha. Apenas hallóse este cuerpo al otro lado del Garona, una súbita y violenta crecida, como en tal estacion suele haberlas, asaltó el puente y se lo llevó en pocos instantes. Así quince mil ingleses, formando la mejor parte del ejército enemigo, se hallaban á alcance de nuestros golpes, y una vez destruidos, todo el ejército inglés quedaba expuesto á un cabal desastre. Testigo fué la caballería del general Soult, hermano del mariscal, de este accidente venturoso; lo supo el general conde de Erlon de igual modo, y ambos dieron parte al general en jefe de este favor inesperado de la fortuna, tan adversa para nosotros ya hacia dos años. Desconcertado el mariscal por sus reveses, no viendo su seguridad mas que en la fuerte posicion defensiva de Tolosa, no se atrevió á abandonarla para correr en busca de los

ingleses, á quienes hubiera podido dar alcance y precipitar en el rio dentro de veinte y cuatro horas. Cuatro dias permanecieron en tan falsa posicion los ingleses, pero habiendo bajado las aguas, lord Wellington restableció el paso, y reunió todas sus tropas sobre la orilla derecha. Ya el dia 9 se presentó delante de Tolosa, y para el siguiente resolvió el ataque, si bien cuidando de que le siguiera su puente de barcas á medida que remontaba el curso del Garona, para asegurarse en caso de salir vencido un medio de retirada.

Grandes ventajas ofrecia la posicion que el mariscal Soult habia elegido. El Garona, que primero baja perpendicularmente de los Pirineos, de pronto al llegar á Tolosa tuerce á la derecha y forma allí un recodo, y luego sigue su curso hasta el mar, casi paralelamente á las montañas. Aunque, ya trasladado el enemigo al otro lado del Garona, mas amenazaba la orilla derecha que la izquierda, naturalmente sobre ambas discurría el mariscal Soult defender á Tolosa. A la orilla izquierda, esto es, en el recodo interior que forma el Garona y que llena el arrabal de San Cipriano, habia levantado baluartes de tierra, y una fuerte hilera de empalizadas, que se apoyaba por los dos extremos en el curso del rio. Detrás de esta primera linea de obras, almenado, flanqueado de torres y erizado de artillería formaba el arrabal un segundo obstáculo casi insuperable. Finalmente, suponiendo que fuese forzado el arrabal de San Cipriano, no habia mas que atravesar el puente de piedra que le une con la ciudad misma, y haciendo saltar este puente, se reducía al enemigo á quedar confinado en la orilla izquierda, tras de perder muchos sol-

dados al dar este ataque infructuoso. Una buena division bastaba para protegernos por tal parte, y para conseguir que todos los esfuerzos del ejército británico resultasen nulos.

De consiguiente no era probable que el ataque se dirigiera sobre la orilla izquierda, donde habia un arrabal por sola conquista, mas bien se debia temer hacia la orilla derecha, donde se ofrecia por presa la misma ciudad de Tolosa. Pero no era tan fácil la aproximacion por este lado. Envolviendo el canal del Mediodia á Tolosa, y llegando á unirse al Garona mas abajo de la ciudad, presentaba una primera linea de defensa, que se podia muy bien disputar vivamente, como que para prolongar la resistencia tenia el recurso del muro del recinto. Esmeradamente se habia fortificado el canal por ambas orillas; sus puentes estaban cubiertos de obras y minados. Así el canal cubria toda la parte del norte de Tolosa. Girando hácia el Este y yendo al Sur, aun era la posicion mas fuerte, pues delante del canal se hallaba una linea de alturas desde la Pujade hasta el Calvinet, y erizadas por donde quiera de reductos y de artillería. Allí habia establecido el mariscal Soult la masa de sus fuerzas, y con efecto, no era posible que el enemigo pensara en atacar seriamente parte alguna del recinto, mientras no desalojase el ejército francés las alturas. Para esto fuera necesario que bajara al Sur y que presentara el flanco á nuestras tropas durante el movimiento, y atravesando el canal por su derecha y á su espalda llegase á atacar por el arrabal de San Miguel la plaza. Mas tambien estaban tomadas las precauciones del mariscal Soult para tal caso, pues habia cubierto este arrabal de obras y de cañones.

A la orilla izquierda estableció el mariscal Soult la division de Maransin, destacada del cuerpo del general Reille, en el arrabal de San Cipriano. Con esto bastaba, segun se ha visto, para esta parte de la defensa. Sobre la orilla derecha situó el grueso de sus tropas. La division de Darricau, del cuerpo de Drouet de Erlon, alojada detrás del canal en el puente de Malabiau, defendia el norte de la ciudad: la division de Darmagnac, del mismo cuerpo, ocupaba el espacio entre el canal y las alturas; y sobre éstas se hallaban las divisiones de Harispe y de Villatte, del cuerpo de Clausel. Finalmente la division de Taupin, que componia el resto del cuerpo del general Reille, estaba detrás de las alturas y en reserva.

Lord Wellington resolvió dar la batalla el 10 de abril por la mañana. Con las divisiones de Murray, de Stewart y de Morillo encargó al general Hill que atacara á los franceses sobre la orilla izquierda del Garona, delante del arrabal de San Cipriano, y mas era de lo preciso para una operacion que no podia ménos de ser secundaria. A la orilla derecha trasladó lo demás de su hueste. Al frente de la division escocesa tenia el encargo el general Picton de forzar el canal hacia el norte de la ciudad, mientras que la division ligera de Alton enlazara este ataque con el que los españoles debian intentar contra las alturas de la Pujade. Por último el mariscal Beresford, con las divisiones de Clinson y de Cole, debia marchar á lo largo de la falda de las cumbres, dirigiéndose del Norte al Sur, con el designio de tomar la posicion del Calvinet, y de presentarse por el sur delante del arrabal de San Miguel de seguida. Consigo

tenia una gran parte de la caballería inglesa.

Apenas vino la luz del dia 10 sobre la orilla izquierda atacó el general Hill á la division de Maransin delante del arrabal de San Cipriano, si bien con circunspeccion suma, á causa de que el ataque decisivo no se debia operar por esta parte. Allí encontró una resistencia muy viva, y comprendió que seria cosa muy aventurada empeñarse en llevar su tentativa más lejos. A la orilla derecha, sobre el verdadero teatro de la batalla, el general Picton acometió el canal con grande osadia. Sus márgenes sustentaba con las tropas de su mando el valiente Darricau, antiguo coronel del regimiento 32.º, que se habia distinguido en Diernstein, en Hall y recientemente en España. Disponiendo habilmente sus soldados detrás de esta linea de defensa, y dándoles personalmente ejemplo, rechazó los esfuerzos de los ingleses durante muchas horas, y cubrió la linea del canal de escoceses muertos ó heridos. A pesar de ser reëibidos por un fuego violento de artilleria y fusileria se adelantaron gallardamente los españoles hasta el mismo pie de las trincheras. Mas llegados allí fueron acometidos al flanco izquierdo por el general Harispe, y al flanco derecho por el general Darmagnac, no pudieron hacer cara á este doble ataque, y dejaron sobre el terreno un número considerable de soldados. Completamente destruidos fueran de cierto, á no ser por la division ligera de Alton que acudió en su ayuda. Al medio dia los ingleses habian perdido cerca de tres mil hombres, sin haber obtenido mas resultado que ser repelidos de todas partes, así á la orilla izquierda como á la orilla derecha,

asi á lo largo del canal como delante de las alturas de la Pujade.

A esta hora el mariscal Beresford ofrecia al caudillo francés una propicia coyuntura para terminar con un éxito decisivo la jornada. Traslándose de Norte á Sur á lo largo de las alturas que cubrian nuestra posicion por la parte del Este, operaba delante de nosotros un movimiento de flanco, peligroso si bien necesario, pues tenia que bajar indispensablemente al Sur para aproximarse á Tolosa. Tan grande era el peligro de tal movimiento que, si á la sazón se acometia al mariscal inglés en masa, de seguro se le precipitara en el lecho fangoso de un riachuelo, el del Ers, que corre paralelamente á la línea de las alturas. Por segunda vez nos sonreia la fortuna en el término de ocho dias, mas era ya el favor postrero. Reunidos los generales Clausel, Harispe y Taupin en torno del general en jefe, le instaron á que aprovechase la ocasion de lanzar la masa de sus fuerzas sobre el flanco del temerario Beresford, que, conociendo el peligro de la posicion suya, se apresuraba á terminar el movimiento. Poseido el mariscal Soult del recuerdo de las faltas que se habian cometido delante de los ingleses, abandonando malamente las posiciones defensivas para ir á su encuentro, temió cometer otra semejante al presente, vaciló mas de dos horas, y no abrazó el partido de atajar la marcha de Beresford sino cuando ya éste habia cesado de presentar el flanco, y cuando bien formado marchaba de frente contra el extremo derecho de nuestras posiciones, hácia el punto del Calvinet. Tardamente fué lanzada la division de Taupin,

y perdió sin fruto el apoyo de una aldea, donde se pudiera defender largo tiempo, y acometiendo impetuosamente, fué recibida con el vigor habitual en los ingleses, y por desgracia vió caer á su general en lo más crítico de la lucha. Sin jefe estuvo y sin direccion por algunos instantes, y los ingleses se aprovecharon de la coyuntura para apoderarse de los redutos del Calvinet al golpe. Vanamente se quiso recuperarlos. Allí quedó el general Harispe fuera de combate, y cruzando entonces el mariscal Beresford la línea de las alturas sobre nuestra extrema derecha se vino á presentar al sur de la ciudad de Tolosa. Algo de desorden hubo en la retirada, y esto puso por un momento á la poblacion en peligro. Afortunadamente, reuniendo un capitán de granaderos del regimiento 448º, llamado Larouziere á su compañía detrás del terraplen del canal, sorprendió á los ingleses con un fuego á quema-ropa, les contuvo y dió tiempo á que la division de Darmagnac rehiciera sus filas. Obligado se vió el enemigo á no llevar sus empresas más adelante. Aunque sobre todo el resto de la línea se habia rechazado á los ingleses con tanto empuje como por la mañana, rebasada la posicion á la parte del Sur ya no era sostenible.

Lo conveniente fuera sin duda replegarse con todo el ejército á los muros de Tolosa y abrazar el partido de defenderse allí á todo trance. Muy difícilmente se forzará en tal posicion á los treinta y dos mil hombres que aun tenia el mariscal Soult bajo su mando. Pero asi y todo, la situacion era sin salida, y además, se expusiera á la ciudad de Tolosa á las mayores extremidades. Por el con-

trario, replegándose hacia Carcasona, le asistía al mariscal Soult la certeza de que el mariscal Suchet se le incorporaría muy luego, y juntos los dos presentarían al prudente Wellington una masa de fuerza ante la cual no podría intentar nada. De consiguiente adoptó la cuerda resolución de cruzar por medio de Tolosa, con el fin de retirarse hacia Villafranca. Cerca de cinco mil hombres había muerto ó herido á los ingleses, no perdiendo más que tres mil y quinientos. Como siempre había sido desgraciado á pesar de lo heroico el ejército de España.

Al cabo llegó la noticia de los sucesos de París á este punto. Con más actividad por parte del gobierno provisional se evitara la muerte de ocho mil hombres valerosos, sacrificados estérilmente por una cuestión ya decidida en otras regiones. Hasta el 8 de abril no pensó el gobierno provisional en despachar un emisario á los dos ejércitos que luchaban á la falda de los Pirineos, y en ellos se debiera fijamente pensar antes que en nada, por ser los que ofrecían mayores eventualidades de un sangriento choque. Para esta misión había elegido Mr. de Talleyrand á Mr. de Saint-Simon, quien partió acompañado de un oficial inglés, á fin de poder cruzar por entre las filas del ejército enemigo. Este oficial, destinado á servirle ante las tropas inglesas, le hizo sospechoso á las tropas francesas, que se obstinaban en ver traidores en todas partes. Detenido primeramente en Orleans y luego en Montauban por los franceses, y finalmente en Tolosa por los ingleses, Mr. de Saint-Simon no llegó hasta el día 14 al campo del mariscal Soult. Este había

escogido en Villafranca una posición inexpugnable, donde aguardaba á las tropas del ejército de Cataluña, lisonjeándose de tomar bien pronto el desquite sobre los ingleses. Así la llegada de Saint-Simon causóle toda especie de desagrado, pues además de ser portador de horribles noticias, le detenía en el momento en que no era imposible una victoria. También produjo la presencia de Mr. Saint-Simon una emoción viva entre las tropas, que sentían más aun que los otros ejércitos la exasperación de los viejos militares. Inspirado por todas estas razones, defendióse el mariscal Soult cuanto pudo contra las comunicaciones que se le traían de la capital de Francia. Hasta quiso retener á Mr. Saint-Simon figurándose que las tales comunicaciones podían ser algún lazo del enemigo; pero el emisario logró evadirse y se fué al campo del mariscal Suchet. Al golpe reconoció éste la veracidad de Saint-Simon, y manifestóse dispuesto á obedecer las órdenes del gobierno provisional, si bien á condición de aguardar la confirmación definitiva. Poco tardó en llegar muy terminante, y un armisticio, local esencialmente, según se habían hecho en otros puntos, suspendió las hostilidades entre los mariscales franceses y las fuerzas enemigas que habían invadido la frontera de los Pirineos.

Mientras aun defendían nuestros ejércitos en las regiones más distantes al imperio, como que ignoraban su caída, sobre nuestras fronteras y á las mismas puertas de París lidiaban hombres valerosos por el país hasta el postrer momento. A pesar de no haber servido nunca, el conde Marmier formó y equipó á sus expensas un legión de guardias na-

cionales movilizados, se encerró en Hunninga, y durante cinco meses cabales defendió con heroísmo la plaza. Por su parte el valiente Daumesnil, tan famoso bajo el sobrenombre de *pata de palo*, se encerró en Vincennes, resuelto á evitar que se apoderasen los contrarios del inmenso material custodiado en aquel recinto. Amenazado con los rigores de la guerra si no abría sus puertas, respondió con la amenaza de volar aquella fortaleza en el caso de insistir más en la acometida, y no osaron los sitiadores seguir adelante. A imitación de todos rindióse únicamente ante la evidencia de la revolucion operada en París, y al gobierno regular que habia salido de ella. Así acabó de Amberes á Hamburgo, de Hamburgo á Milan, de Milan á Tolosa, de Tolosa á Vincennes, la obstinada resistencia, que no cesaron de oponer nuestros soldados, esparcidos en muchos lugares, á la Europa coaligada. Desde entonces, libre el nuevo gobierno de la presencia de Napoleon, también lo estaba de la resistencia de sus lugartenientes, dispuestos ya todos á reconocer á los Borbones.

Pero, si habia cesado la resistencia de las tropas, á la sazón iba á comenzar la de las pasiones, contra la cual no se podia oponer otra fuerza de eficacia que la prudencia. ¿Se podia esperar de los príncipes de Borbon y de sus amigos, vueltos unos y otros á su país al cabo de veinticinco años de proscripción y de infortunio? Tal era la formidable cuestion que surgia de la caída misma del imperio.

A los dos ó tres dias de su entrada en París se hallaba el conde de Artois como arrebatado por un

torbellino, capaz de perturbar otra cabeza mucho mas firme que la suya. Establecido en las Tullerías, no cabiendo en sí de alborozo al verse en tal morada, hubiera querido comunicar su regocijo á todo el mundo, y aspiraba á persuadir á los parciales del imperio que no se cambiaria nada, y por el contrario á los emigrados vueltos en su compañía despues de veinticinco años de vicisitudes, que lograrían satisfaccion cumplida, con tal de que supiesen tener espera. Pero desde el primer dia fué notorio que las frases benévolas no bastaban á superar los obstáculos de situacion semejante. De ayudantes de campo necesitaba desde luego, y se trataba de saber en quienes recaerian las elecciones. Tanto los amigos llegados con el príncipe del extrangero, como los que habian corrido á salvarle desde las provincias, hubieran deseado que, dejando los altos puestos políticos á los hombres del imperio, se les reservasen á lo menos los empleos cerca de las personas reales. ¿Pero cómo buscar ayudantes de campo mas que entre los militares, y cómo buscar militares mas que en los ejércitos imperiales? Cuestion era muy ardua, y avalorando perfectamente Mr. de Vitrolles el verdadero estado de las cosas, aconsejó al conde de Artois que eligiese algunos de sus ayudantes entre los oficiales distinguidos del imperio. Docilísimo el príncipe á este sano consejo, nombró á Monsieur de Nansouty y de Lauriston, con sumo tino, pues eran ilustres en el ejército á la par que tenían afinidad con la antigua nobleza. Estas elecciones dieron mucho que murmurar entre los amigos del príncipe recién llegado, por ellas miraron á Mr. de Vitrolles de reojo, y al golpe reveláronse de esta

suerte las disposiciones de que se sentirían animados los hombres del antiguo y del nuevo régimen unos respecto de otros al agruparse en torno de los Borbones. Dándose de lleno el conde de Artois á los plácemes, á las visitas, á las entrevistas con los soberanos, casi no prestó atención á este incidente, y prosiguió en manifestar sus alegrías, prodigando los apretones de manos y las promesas. Sin embargo, preciso era ocuparse en un asunto de gravedad suma, y que no se podía resolver con placidez de genio, como que se trataba de elegir qué título tomaría el conde de Artois para gobernar á la Francia. Indicado estaba naturalmente el título de lugarteniente general del reino pues iba á ejercer la autoridad real en ausencia del monarca. ¿Pero como osar á revestirse con semejante título en presencia del Senado, única autoridad reconocida entonces, retrayéndose de todo tras de haber destituido á Napoleon, no habiendo querido figurar en ningunas de las últimas ceremonias, é indicando á las clases así por su actitud, como por el lenguaje individual de sus miembros que no investiría con el poder real ni al conde de Artois ni al monarca en persona, sin que precediera un compromiso formal respecto de la constitucion decretada? Lo indecible costaba hacer que comprendiesen esta dificultad el conde de Artois y sus amigos, tan creídos estaban en que á la sola presencia del legítimo soberano ó de su representante, toda autoridad debía desaparecer ante la suya, y tan lejos se hallaban de concebir que fuera del derecho real hubiese otro alguno derivado de la nacion ó que se remontase á ella. Mr. de Vitrolles, que les servía de intermediario cerca del go-

bierno provisional, en vista de la dificultad enorme, y alcanzándosele que no se podia tratar á la ligera, se apresuró á dar parte al príncipe de todo, y este puso á su cuidado la resolucion de la mejor manera que fuese posible, entendiéndose con los que estaban encargados de los negocios graves.

Aun cuando seguia el público hostigando al Senado con sus burlas, le consideraba no obstante como la única autoridad existente por entonces, y si llegara á sospechar que no querian los Borbones recibir de sus manos la investidura, á fin de volver como principes absolutos, se colocara detrás del Senado, el ejército imitara su conducta, y al público y al ejército se unieran los soberanos aliados, por fidelidad á su palabra, por buen sentido, y hasta por convencimiento, pues con especialidad el emperador Alejandro aprobaba plenamente el designio de no volver á llamar á la antigua dinastía sino al precio de una constitucion liberal. De consiguiente sin demencia no se podia pensar en disputar su autoridad al Senado. Por su parte no dejaba este cuerpo de hallarse en grande apuro. Una vez convencida la opinion pública de la conveniencia y de la necesidad del llamamiento de los Borbones, se inclinaba hácia ellos con cierta especie de entusiasmo. Este movimiento, producido por la razon y por una sensibilidad verdadera en las masas, por ambicion y aun por vileza acaso en los individuos, se acrecentaba de dia en dia. A esto contribuía la buena acogida personal hecha al conde de Artois, y el Senado se hallaba espuesto á quedar solo á la vuelta de poco tiempo. Así lo prudente era transigir para unos y otros. Pero, se-